

nikin, los bolcheviques intentan un esfuerzo supremo: llegan hasta las mismas puertas de Varsovia, pero son vencidos por Pilduski, creador de la Polonia que todos hemos conocido.

Esta victoria material sobre Rusia, unida a la victoria moral sobre la Alemania del Kaiser, pues Polonia militaba en la órbita de los vencedores, creó en los políticos polacos contemporáneos, un complejo de superioridad, que habría de ser fatal para su Patria. Se desestimó al presunto rival y se creyó que la caballería polaca, habría de dar al traste con cualquier incursión de los tanques rusos o alemanes. Además, la garantía de las potencias occidentales, acabó de cegar a aquellos miopes mentales y así Polonia se vió abocada a una política absurda de enconada hostilidad con sus dos poderosos vecinos, Rusia y Alemania, en vez de aprovecharse de la amistad de uno, para precaverse de las ambiciones del otro. No se hizo así y esta falta de visión política es la que empujó a rechazar la ayuda rusa, en caso de agresión alemana, al tiempo que no hacía nada por evitar o diferir la guerra con el III Reich. El resultado no se hizo esperar: triturado el ejército polaco por sus dos temibles vecinos, sin posibilidades de defensa eficaz, hubo de sufrir en 1939 su quinto reparto.

Pocos años después fueron expulsados los invasores alemanes por otros invasores, los rusos, que habían contemplado con los brazos cruzados el sacrificio sublime de los patriotas varsovianos. En estas circunstancias ¿qué suerte le podía caber a Polonia, sino la de caer, fatalmente, bajo la órbita rusa? Locura sería pensar otra cosa y comprendiéndolo así y recordando la poca eficacia de la ayuda que pueda recibir este país de las naciones occidentales, los magnates reunidos en Yalta hubieron de inclinarse ante la realidad. Y Polonia que fué a la guerra, por no perder el pequeño territorio del pabellón y sus discutibles derechos sobre Danzig, vió segregada de la patria, casi la mitad de extensión territorial. ¿De qué le valdrán las compensaciones territoriales, hechas a costa de Alemania, si ha sufrido tan gran amputación? La nefasta conducta, seguida por los políticos polacos, se traduce en este absurdo a que el mundo se halla abocado.

Español: cuando oigas la polonesa de Chopín, descúbrete: es el himno «gigante y extraño, que anuncia en la noche del alma una aurora», de ese pueblo de héroes, santos y sabios que es Polonia, hoy perdida para la civilización occidental, por un grupo de hombres que no sabían lo que hacían. Mas, ¿por qué no dejar en el fondo del alma un rinconcito para la esperanza? Estoy seguro de que en el corazón de todos los buenos polacos, el general Sander a la cabeza, este rinconcito no faltará, es más, la esperanza llenará en ellos todo su corazón, toda su vida y toda su alma.

JUSTO CORCHON GARCIA

Romance de la niña que espera

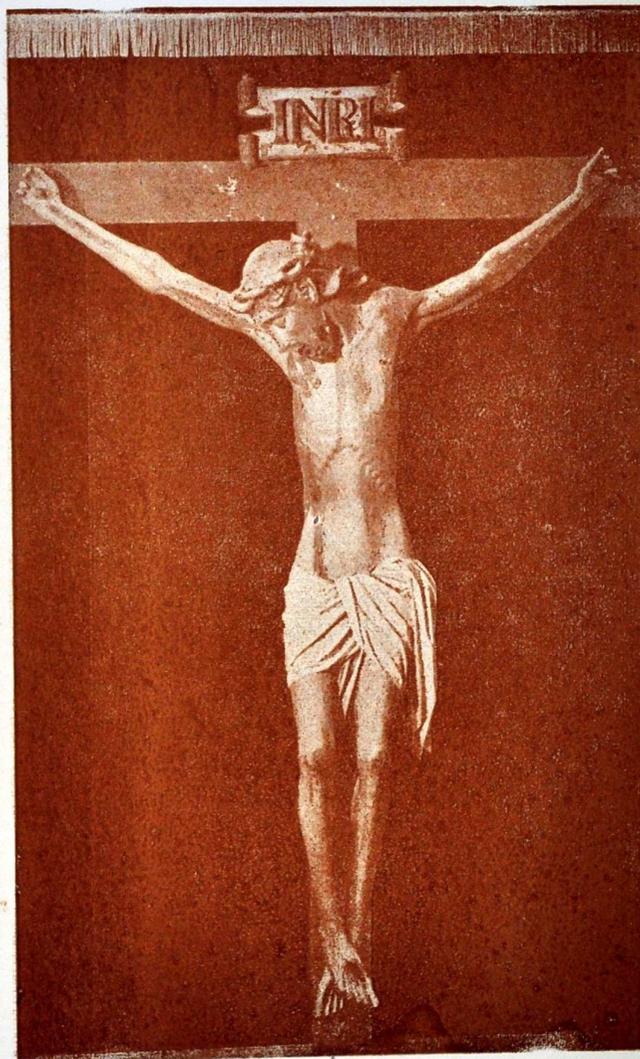
I

Consúmese la niña,
cansada de esperar;
que el Príncipe anhelado
no acaba de llegar.
Un Príncipe radiante,
magnífico y audaz,
que en sueños concibiera
su casta pubertad.
Aun ella no le ha visto,
ni sabe donde está;
mas no hay duda que existe,
y está para llegar.
No haberle visto nunca
y conocerle ya,
es algo que ella misma
no puede precisar.
Presiente su venida
y espera cumplirá
la cita que se dieran
no sabe en qué lugar.
Dulcísimos asuntos
tendrán que ventilar,
de arcanos misteriosos
que fueron y serán.
Su horóscopo le dice
que ya no tardará;
¡qué cosas, cuando llegue,
le tiene que contar!
Será eterna la cita
y eterno el conversar,
en un abrazo mutuo
que nadie romperá.
Le ha visto ya mil veces
gallardo desfilar,

como se ve una imagen
 tras un vago cendal.
 Le ha visto entre las frondas
 del ancho bulevar;
 le siente, enamorado,
 rondándola detrás.
 Le ha visto en los celajes
 purísimos, flotar;
 le advierte en los rumores
 del céfiro fugaz.
 Le ha visto cuando duerme;
 le siente al despertar;
 y su esperanza nívea
 le dice que vendrá.
 Es algo indescifrable,
 de intensa vaguedad,
 que avanza, circundado
 de un nimbo celestial.
 Promesa azul de un sueño
 que augura bienestar,
 y ver su sueño quiere
 cuajado en realidad.

II

Que para recibirle
 prendió gozosa, ya,
 en búcaro de encantos
 un ramo de azahar.
 Consúmese la niña,
 cansada de esperar;
 el Príncipe no llega;
 Señor, ¿qué pasará?
 ¡Qué dura la tardanza!
 ¡Qué lento el caminar!
 ¡Las cosas que en secreto
 le tiene que contar!
 El codo en la ventana,
 que a lo insondable dá,
 devora, sin descanso,
 la vasta inmensidad.



ALBUM EXTREMEÑO: Cáceres. Cristo de las Indulgencias
de la Iglesia de Santiago

Y a todas las alondras
que vienen y que van,
pregunta, enardecida:
—decidme, llegará?—

Mirando en lontananza
y ahogando el suspirar,
envuelto en oriflamas
le siente galopar.

Y ya la luz de un rayo
descúbrelo triunfal,
o ya nube importuna
ocúltalo a su afán.

Y en trono de esperanza
va hilando sin cesar,
ensueño tras ensueño
con rueca de ansiedad.

Presiente que se acerca
solicito y galán;
percibe sus pisadas,
vibrantes, resonar;
y el fuego de su aliento;
y el alba de su faz;
le siente, enamorado,
su frente acariciar.

¡Si está cerca, Dios mío,
¿por qué no llega ya?...

III

¡El Príncipe no viene!
¡Oh, adversa realidad!
Los ojos se le rinden,
cansados de mirar.
El tiempo, lentamente,
marchita sin piedad,
de su belleza mística
la ofrenda virginal.
El aire los suspiros
recorren al azar,
en vuelo vacilante
sin rama en que posar.

Sus ojos abrumados
no aciertan a captar
sino reflejos ténues
de luz crepuscular.
Y presa de congojas
y ahogada en soledad,
así desgrana al viento
su triste lamentar:
¡Oh, Príncipe de ensueño,
quimérico y falaz
que a la amorosa cita
faltaste, desleal!
¿Por qué te he presentado?
¿Qué trágica deidad
indújome a esperarte
si no habías de llegar?
¿Qué empeño irresistible
mantúvome, tenaz,
ardiendo en el suplicio
de un vano desear?
¡Oh, sueños deleitosos
de amarga fatuidad!
¡Oh, eróticos secretos
que nadie escuchará!
Perdidos mis encantos,
¡oh, Príncipe ideal!
mi amor ya, aunque llegases,
¿con qué te obsequiará?
¡Oh, espera fracasada,
que fuiste, por mi mal,
pecado de ilusiones
que el alma pagará!—
Y ve cómo a sus plantas
deshácese fugaz,
en un llanto de pétalos,
su ramo de azahar.

VICENTE NERIA



EL MAR

(CUENTO)

—AHORA le diré a Ud. la razón que he tenido para no entrar en esa habitación—observó Vladimiro Bardief, volviendo a sentarse en la butaca del gabinete.

Quien así había hablado era un hombre alto y musculoso, con los ojos cobrizos, de mirar vago y soñador. La nariz un poco arremanada, el pelo crespo y castaño, los labios sensuales y la dentadura apretada y blanca. Vestía un traje negro, ribeteado de trencilla, según la moda imperante a la sazón. Botonadura de oro en puños y pechera almidonados y cuello foque con corbata de lazo, negra como el vestido. Del bolsillo izquierdo del chaleco colgaba una leontina, cuyo áureo metal fulgía a ratos, según la luz que recibiera del ancho ventanal frontero.

Su interlocutor, que estaba también sentado, en la butaca pareja, era la figura opuesta de Vladimiro. No mediría más de cuatro pies, enjuto y huesudo, con esas angulosidades características de los cuerpos trashijadillos y enclenques. La nariz ganchuda, como parábola, cuyo extremo inferior apuntase para la boca. Una cicatriz en la frente, cerca de la sien y el pelo escaso y lacio. Vestía batín gris oscuro, veteado de blanco, como los mármoles esquizados, y debía de ser bastante friolero, porque varias veces había provisto de nuevo combustible la lumbre de la chimenea.

El gabinete en que se encontraban era una pieza más larga que ancha, con la chimenea al fondo. Denotaba lujo e incluso ostentación: tal la multitud de cachivaches, muebles y fruslerías allí congregate. Un tapiz de nudos, en el suelo, bajo las dos butacas amplias y confortables. Sobre la repisa de la chimenea, reloj de bronce con la esfera dorada y una figurilla alegórica, rematando su parte superior. Había que estar muy versado en mitología para reconocer en la mentada figurilla una encarnación de Harpócrates: dios del silencio. Era algo así como un ensobrecimiento de las horas, que no queriendo pasar inadvertidas imponían en torno suyo un mutismo circunspecto y filosófico.

A ambos lados del pretencioso reloj había sendos candelabros de afiligranada hechura. Exornaban por último la repisa de mármol, búcaros, retratos de familia en repujado marco de plata, un cenicero y varias chucherías. Sobre la chimenea había un hermoso espejo ovalado. Pendía del techo una araña, la cual reproducía la transformación de la joven lidia vencedora de Minerva en el arte del bordado, en el susodicho animalejo. Estos motivos énicos, juntamente con la presencia de un busto de Sócrates y otro de Platón en sendos pedestales de madera de ébano, parecían indicar las inclinaciones